Juan Rulfo y el mago silencio

Luis Antonio de Villena

Hay escritores que se han matado escribiendo y otros que tras una obra muy corta callan como si la escritura produjese erisipela. Una cosa no es mejor que la otra, pero reconozcamos que la modernidad (por múltiples razones entre las que está asimismo la pereza del crítico) ha prestigiado, a veces en exceso, el silencio... «la vacía blancura que el papel defiende».

No creo que Juan Rulfo (1917-1986) buscara intencionadamente el silencio: creo que era silencioso. O que por puro azar había sobrevivido a una feroz tormenta. Huérfano a temprana edad y educado al inicio en un internado oficial de Guadalajara, la capital de su estado nativo, Jalisco; siempre recuerdo una confesión que hacia 1977 (en un programa de aquella Televisión Española, «A fondo», tan benemérito como retórico su presentador) Rulfo le hizo a Joaquín Soler Serrano. Éste –quizás ingenuo– le preguntó qué había aprendido en aquel internado. Rulfo replicó, fumando, con su rostro impasible, sereno, casi diría uno que anestesiado: «Bueno, aprendí a deprimirme». Esa era la casi permanente sensación que daba un hombre ya mayor (62 años cuando yo lo conocí) siempre correcta y discretamente trajeado, siempre como algo ausente...

Algún día se contará la fascinante e hilarante historia del «I Congreso de Escritores en Lengua Española» que se celebró en Las Palmas de Gran Canaria en Junio de 1979. En ese Congreso (donde, porqué no decirlo, yo era de los más jóvenes) conocí a Juan Rulfo y también a Juan Carlos Onetti. Los uno no sólo porque fueron dos grandísimos prosistas, sino porque fueron también –al menos en ciertos momentos de sus vidas– dos contumaces dipsómanos. Por ello a Onetti no lo conocí (propiamente hablando), lo vi tan solo, en el avión de ida y vuelta a Madrid,

pues dijeron que Onetti en aquellos ochos días esplendorosos y salvajes no salió de la habitación del Hotel, donde no paró de beber güisqui. Fue famoso y visible que Claudio Rodríguez y José Agustín Goytisolo estuvieron casi veinticuatro horas en la barra del bar del mismo Hotel, mano a mano, entre vino y más güisqui. Rulfo –frente a tanta algarabía– procuraba pasar inadvertido.

Pero le tocaba presidir no sé qué mesa redonda (la teoría importó mucho menos que los contactos) en la que estaba también un crítico y académico español, entonces muy notorio, Guillermo Díaz-Plaja. Imperturbable e inmóvil (decían que bebido) Rulfo presentó a los participantes con las menos palabras posibles, o sea, tres o cuatro, pero al llegar a don Guillermo enfatizó –aunque eso sí sin mudar la inexpresiva expresión– y le nombró como «el muy insigne académico don Guillermo Díaz-Plaja». Dado que Rulfo hablaba muy bajito, casi susurrando o arrastrando la voz, y con un tono neutro, gris, sin gestos, un inexperto en el autor de *El llano en llamas*, podía tomar por leve burla o socarronería lo que no era sino su modo habitual. Rulfo guardó silencio y no movió ni un músculo durante todo el acto, pero cuando había que dar la palabra (y en las réplicas y contrarréplicas finales) a todos les decía por su nombre sin más, así «el novelista Manuel Scorza», menos al llegar a Díaz-Plaja –que habló y replicó bastante– en cuyo caso el inexpresivo y silencioso Rulfo no dejaba de reiterar al completo: «Tiene la palabra el muy insigne académico don Guillermo Díaz-Plaja». Tanto lo reiteró el mexicano inmutable, que el académico empezó a sospechar dobles sentidos (que sin duda no existían), así es que cada vez que recibía la palabra, comenzaba con claro énfasis retórico: «Agradezco al maestro Juan Rulfo su nombrada gentileza», frase que al interesado no logró moverle ni la menor mueca facial, pero al fin la tal mesa redonda parecía un oratorio y huero cruce entre dos frases vanas: «Tiene la palabra el muy insigne académico don Guillermo Díaz-Plaja», y «Agradezco al maestro Juan Rulfo su nombrada gentileza». Todos salimos divertidísimos de aquella sorda lid, menos Rulfo (que caminaba despacio, lánguido) y que pareció no haberse enterado de nada.

Aquella noche hablé de Rulfo con José Emilio Pacheco, al que acababa de conocer también. Cenando, Pacheco me contó una

noticia mexicana: «La gente es famosa por lo que escribe, ¿no? García Márquez, Vargas Llosa... Solo Juan Rulfo es más famoso cada día por lo que no escribe.» Y agregó: «¿Quieres conocerlo? Es difícil platicar con Rulfo, pero igual lo intentamos.»

Debió ser un par de días más tarde. No recuerdo cómo (en el jardín del Hotel) José Emilio y yo atrapamos benévolamente y solitario a Rulfo, en una mesa lateral y tomando un trago. Es probable que el propio José Emilio lo preparara, pero ya entonces (que no podía, como ahora, autotildarse de «viejo») prefería pasar por inhábil y torpe en las relaciones sociales, mejor que por buen amigo de sus amigos. Hechas las presentaciones obvias, Rulfo con un atisbo de sonrisa –es decir una sonrisa que le costaba movernos hizo un gesto (sin palabras) para que tomáramos asiento. Sé que preguntó a José Emilio por alguien, con gran laconismo, quizá por Cristina Pacheco a la que yo no conocía aún. Luego, cual dos aplicados colegiales –yo concluí teniendo esa sensación- José Emilio y yo comenzamos a detallar nuestro fervor de lectores por aquellos dos libritos soberbios: *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955). Entonces –cuando se editaron por vez primera– yo era un infante más que un niño y ni en la mente del crítico más sagaz estaba eso del «boom de la narrativa» hispanoamericana... ¡Qué espléndidos libros! Y Juan (apenas audible, con su entrecortado acento mexicano): «Muy cortitos». Supongo que Rulfo había oído esa cantinela, con todas sus variantes, miles de veces.

Nos miraba hablar (sin expresión ninguna) como si no supiera de qué hablábamos. O mejor aún: de quién hablábamos. Por fin (entre miradas, silencios y sorbos) llegó la inevitable y no menos vieja pregunta.

No se trataba de preguntar el por qué del silencio –que tantas cábalas produjo-, sino de dar por sentado que quizá ese tan prolongado silencio estaba a punto de concluir. Fue Pacheco (que como ya lo conocía parecía más natural) quien aventuró: «Creo haber leído, maestro, que ya usted ha empezado un libro nuevo...» Rulfo siguió sin alterarse lo más mínimo; pero como si fuera a hacernos una confesión insólita, se estiró levemente hacia nosotros y oímos esta sincopada maravilla: «No empecé aún... Pero miren, lo cierto es que parece que voy sintiendo ganas de hacer-

lo... como un movimiento interior...». No hubo más. Se diría que aquel esfuerzo había dejado exhausto, si no aburrido a Rulfo.

Dijimos que nos marchábamos, que no queríamos abusar de su tiempo, esas menesterosas cortesías. Y entonces Juan Rulfo se dirigió a mí por primera vez: «¿Usted es novelista, señor Villena?» Quizá yo era novelista, pero como aún no había terminado ninguna novela y mi primer libro de relatos, *Para los dioses turcos* (1980) sólo sería entregado al editor en septiembre, me pareció natural decir que no, que yo era poeta, aunque siempre supuse que la pregunta de Rulfo era mera cortesía, de nuevo. Abrió un poco más los ojos cansados al oírme, con el vaso, en la mano y dijo (nosotros ya de pie): «Yo no pude ser poeta». Y regresó a un íntimo silencio, que algunos interpretaban repleto de voces que pugnaban por asomarse, y otros como sólo silencio habitado por más silencio. Nunca más volví a ver a Juan Rulfo. Oí que los días últimos de aquel congreso bebedor los pasó en su habitación, sin salir, como hizo todo el tiempo Juan Carlos Onetti.

Juan Rulfo ha quedado para mí (y supongo que para muchos) como el desolado misterio de la creación. Si el Espíritu sopla como y donde quiere, en el caso de este mexicano sopló abrasadoramente cuatro o cinco años –aunque algún cuento de *El llano en llamas* ya salió en alguna revista hacia 1947– y luego, mediando de los años cincuenta, dejó al poeta o a la órfica sibila destruida, arrasada. Como si la voz potente y mágica hubiera devastado los campos de Sayula para siempre... Es tópico decirlo, lo sé: Pero esa era la terrible manifestación del misterio.

Silencioso e inexpresivo, o Rulfo guardaba el alma en el camarín de Pompeya o (pobre) la había enteramente perdido. Mezcal o no mezcal, es acaso puro accidente